

Mariátegui y la identidad de la Psiquiatría Latinoamericana: Temas, realidades y promesas.

Mariátegui and the identity of Latin American psychiatry: Themes, realities and promises.

Renato D. Alarcón ¹.

RESUMEN

Se formula un examen global de la obra escrita de Javier Mariátegui en campos tales como la epidemiología psiquiátrica, la psiquiatría social e investigación clínica y psicofarmacológica. Luego de breves comentarios en torno a sus contribuciones editorial e historiográfica, el artículo enfoca la manera como Mariátegui se ocupó con el tema de identidad de la Psiquiatría Latinoamericana. El destino epistemológico de sus trabajos recorrió previamente temas de identidad personal, comunitaria, de grupos etarios y de realidades socio-históricas en el Perú y en el continente. Mariátegui examinó contribuciones de varios próceres de la psiquiatría peruana y latinoamericana para formular su visión de una “ruta social” para nuestra disciplina que incluía el innovador énfasis en lo ecológico. Liderazgo e identidad son tanto planteamientos doctrinarios y conceptuales como tareas concretas en los campos clínico y heurístico. El mensaje de la obra javiermariateguiana y de su aliento holístico merece estudio sistemático, lúcido y fecundo. (*Rev. Neuropsiquiatría 2008; 71:8-16*).

PALABRAS CLAVE: Identidad, psiquiatría latinoamericana, epistemología, psiquiatría social.

SUMMARY

A global analysis of Javier Mariátegui's written works in areas such as psychiatric epidemiology, social psychiatry, and clinical and psychopharmacological research precedes brief comments on his editorial and historiographic contributions. The article focuses then on Mariátegui's approach to the topic of the identity of Latin American psychiatry. The epistemological fate of his work ran through previous studies on personal, community-based, age-related identities, and socio-historical realities in Peru and in the continent. Mariátegui examined contributions of several leaders of Peruvian and Latin American psychiatry to formulate his vision of a “social route” for our discipline that included an innovative emphasis on ecological concepts. Leadership and identity are both doctrinary and conceptual statements as well as concrete tasks in clinical and heuristic fields. The message of the Mariateguian opus and its holistic nature deserve a systematic, lucid and productive study. (*Rev. Neuropsiquiatría 2008; 71:8-16*).

KEYWORDS: Identity, Latin American psychiatry, epistemology, social psychiatry.

¹ Titular de la Cátedra Honorio Delgado, Universidad Peruana Cayetano Heredia, Lima, Perú. Profesor de Psiquiatría, Mayo Clinic College of Medicine. Director, Mood Disorders Unit, Mayo Psychiatry and Psychology Treatment Center, Rochester, Minnesota, Estados Unidos. Direcciones electrónicas: alarcon.renato@mayo.edu; Renato.Alarcon@upch.pe

La trayectoria intelectual de Javier Mariátegui nos recuerda el dicho aquel de que nada de lo humano le fue ajeno. El examen de su obra escrita pone en evidencia un intenso afán de búsqueda, objetividad y pasión donde y cuando cada una de ellas era necesaria, y de sabiduría profunda, resultado de análisis penetrantes y eruditos. La lectura de sus artículos, ensayos, monografías, capítulos y libros refleja una vastedad que no abruma, que mas bien inspira. Sus trabajos tienen la intemporalidad aneja sólo a aquéllos que merecen ser llamados clásicos. Mariátegui proyectó sin egoísmos la luz de una inteligencia bien vivida, dio su nombre a la palabra autenticidad y nos enseñó que los principios morales no son abstracciones insulsas sino estímulo tangible de toda acción humana que aspire a ser genuina y trascendente. Y sabemos, gracias a esa mezcla de anécdota e historia que se teje en torno a la biografía de todo gran hombre, que esta vocación de trascendencia surgió desde muy temprano en su vida, quien sabe si desde el momento en que asumió el significado y el deber moral de un apellido, aprendió que la cultura se hereda y se forja día a día, sintió el dolor de su Perú profundo y se propuso ser médico de almas.

Estas reflexiones fueron suscitadas una vez más hace pocas semanas, al iniciar la revisión de una serie de artículos escritos por Javier Mariátegui y agrupados en tres cuidadosos volúmenes que me fueron proporcionados por José Carlos Mariátegui Ezeta. El estilo javiermariáteguiano, preciso y elegante, razonado y cabal emerge nítidamente en temas tan variados como encuestas epidemiológicas, ensayos psicofarmacológicos, planteamientos socio-culturales, reflexiones clínico-nosológicas o trabajos histórico-biográficos. Se trata, en verdad, de un panorama incitante; todo aquél que intente el análisis de esta obra en sus múltiples facetas, experimentará sin duda una suerte de fascinación, la placentera incertidumbre de quien se sabe frente a un collage inmenso, cada uno de cuyos componentes retiene su belleza propia y su mensaje inmanente. El análisis integral de la obra de Mariátegui requerirá tanto la visión panorámica que le da sentido de totalidad, cuanto el estudio detenido de cada una de las áreas que desarrolló con empeño de orfebre y calidad de intelectual nato. Es este bosquejo el que intentaré pergeñar en las secciones que siguen.

Visión global de la obra de Javier Mariátegui

El sello más característico que Javier Mariátegui imprimió a su obra es el de un *scholar* consumado.

Jamás trató tema alguno con ligereza o superficialidad. Como clínico, perfeccionó el arte y la ciencia de la fenomenología en descripciones clásicas de, por ejemplo, el “síndrome fronterizo” o la distinción entre fobias y obsesiones para citar sólo dos de ellas. Como investigador, exigía protocolos claros y referencias precisas sea en el terreno epidemiológico o en el estudio de nuevos agentes farmacológicos. Como docente, exponía temas complejos, estructurados de manera sólida y accesible con lenguaje de auténtica prosapia académica. En la Cátedra, más tarde Departamento de Psiquiatría de la Universidad Peruana Cayetano Heredia, Mariátegui brillaba con luz propia en medio de un grupo que, a quienes nos acercamos a la psiquiatría cuando estudiantes, se nos antojaba casi como una constelación de vívidas estrellas en torno a un sol deslumbrante.

En buena cuenta, Mariátegui personificaba un modelo académico que conjuncionaba el enciclopedismo renacentista con la sagacidad clínica del médico acabalado, la destreza terapéutica en constante actualización y la capacidad crítica que garantizaba un continuo avanzar. No en vano fue discípulo dilecto de Honorio Delgado. No en vano aprendió de Enrique Encinas, Humberto Rotondo, Baltazar Caravedo Prado o Carlos Alberto Seguín. Lector empedernido, se movía con facilidad de comentarios sobre Dostoyevsky a opiniones sobre Delay o Bernard, de la lectura de Balzac o Hesse a las contribuciones psicofarmacológicas de Deniker o Schou. Su labor intelectual, trasuntada en 17 libros, 216 artículos, 147 editoriales, participación en casi 400 eventos científicos, membresía en 54 entidades académicas y profesionales, y como beneficiario de 37 condecoraciones u honores refleja sólo algunos de los muchos terrenos en que se desenvolvió con entereza y lucidez.

Tiempo habrá para discutir sus contribuciones epidemiológicas, investigaciones que llevaron a la psiquiatría peruana, alrededor de la década de los años 60, a ocupar una posición de liderazgo en este campo, naciente entonces y ya avizorado como una suerte de “ciencia básica” de la salud pública. Títulos como *Estudios de Psiquiatría Social en el Perú* (con Rotondo y Caravedo), *Salud Mental y Realidad Nacional* y *Ruta Social de la Psiquiatría Peruana* son, en verdad, muestras pioneras de esta área de su interés científico. En el campo de la investigación clínica, su tesis de médico-cirujano en San Marcos fue la primera y más sesuda contribución al estudio de la dietilamida del ácido lisérgico (LSD) y varios trabajos sobre el ya mencionado “síndrome fronterizo” o personalidad limítrofe

(*borderline*) fueron los primeros que examinaron detenidamente la fenomenología y la ubicación nosológica del trastorno, muy pocos meses después de la publicación de la tercera edición del Manual Diagnóstico y Estadístico de la Asociación Psiquiátrica Americana, DSM-III (1980).

Otras dos áreas que Mariátegui manejó con tenacidad y destreza incomparables fueron la historiográfica y la editorial. La cultura peruana (y también la latinoamericana) están en deuda eterna hacia él por su labor de auténtico rescate de la vida y obra de próceres de nuestra psiquiatría como José Casimiro Ulloa, Hermilio Valdizán, Baltazar Caravedo, Juan Francisco Valega y Humberto Rotondo, entre otros. Su libro *La Psiquiatría Peruana en sus figuras representativas* es testimonio de sabiduría histórica y vocación peruanista. Lugar especial merece la publicación de la obra completa de Honorio Delgado que Don Javier casi culminó durante sus 15 años al frente de la Cátedra herediana que lleva el nombre del Maestro. Igualmente, acometió con brillo el rescate de la obra de su padre, el Amauta, y sostuvo enhiesto el *Anuario Mariáteguiano*, como testimonio y como llamado. *Last but not least*, Mariátegui dedicó muchos de sus mejores y mayores esfuerzos, a lo largo de más de treinta años, a la supervivencia de la *Revista de Neuro-Psiquiatría*, verdadero monumento a la tenacidad y a la fe. Entendía su vocación de editor como ideal y como deber: aquél a la manera de ingrediente esencial en la reafirmación de una identidad, y éste como complemento concreto de una misión docente más allá del aula o del estrado. Y aquí radica un elemento típico, genuinamente integrador del opus javiermariáteguiano: la búsqueda (y el hallazgo) de una identidad para la psiquiatría peruana y, a través de ella, para el Perú y América Latina, como realidades colectivas y escenarios prístinos de una historia que se escribe día a día.

Psiquiatría Latinoamericana e Identidad en la obra de Javier Mariátegui

La complejidad del término puede arredrar a muchos, forzándolos al enfoque parcial de alguno de sus muchos aspectos o a esa recitación blanda, genérica y semi-vacía que se llama diletantismo. En su jornada académica que fue también la de una búsqueda de su propia identidad y de la disciplina que practicó con brillo, Javier Mariátegui ni se arredró, ni fue seducido por los requiebros de la superficialidad. Con humanismo y proyección social como elementos básicos, Mariátegui

habló y escribió sobre la identidad de la psiquiatría, de la obra de sus principales artífices en el Perú, Latinoamérica y el mundo y concluyó explorando la identidad del Perú como territorio geográfico y como ente histórico, en el drama viviente de sus pobladores, de sus prohombres y mujeres y, por cierto, de aquéllos a quienes la enfermedad física o mental abate con crueldad. El examen de obras escogidas de esta parte del acervo javiermariáteguiano muestra coherencia y solidez muy suyas desde sus comienzos: la cronología de este opus la constituye en un orfebre más, hacedor de armonías y apodigma de una madurez precoz y sabia.

Estos ingredientes se muestran ya claramente en un estudio sobre la “moral” en Mendocita, publicado en 1958 por un grupo de investigación de ocho coautores liderados por Rotondo y en el que Mariátegui es el tercero, detrás de Carlos Bambarén (1). Hecha la distinción de moral como “aquella condición de salud emocional y física que dota a la vida de recursos o medios de energía, esperanza, entusiasmo y tenacidad para el logro de los objetivos del individuo y de los grupos en que participa”, el trabajo sobre este tema en Mendocita era secuencia lógica del clásico estudio epidemiológico en el mismo barrio. La ausencia de un “espíritu de comunidad” y las graves tensiones detectadas entre los pobladores, así como la alta incidencia de conducta antisocial condujeron a una encuesta sistemática de una muestra de 146 pobladores. Los resultados se analizaron en base a lugar de procedencia, edad y tiempo de estada en Mendocita. Los hallazgos, no por predecibles dejaron de ser penosos y en la discusión de los mismos, es fascinante encontrar menciones específicas de la esperanza como “fuerza integradora que sostiene al individuo y a los grupos aún en la espera difícil”, eco de clásicos como Laín Entralgo (2) y premonición lúcida de trabajos como los de Jerome Frank (3), o de lo que otros autores llaman “fortaleza biológica” o “dureza fisiológica” que, a veces nacida de la adversidad, contribuye a mantener una moral enhiesta y un elemento de esperanza –lo que autores contemporáneos llaman “resiliencia” (4).

El trabajo recoge ya elementos de extraordinario valor psicosocial. Indaga sobre la opinión de los pobladores en torno a la ley y a sus representantes, a la actitud de los gobernantes de turno, al papel de la educación, al rol de agrupaciones colectivas, al respeto a normas reguladores de la vida en comunidad. La negatividad de la gran mayoría de las respuestas describe un panorama de “desmoralización”,

probablemente uno de los primeros estudios epidemiológicos en el país que señala sin ambages esta característica colectiva del poblador promedio (pobre, desplazado, furioso y alienado) en una barriada limeña y el potencial incremento de conductas delictivas como reflejo de esta fractura del cuerpo social.

De la misma época data el trabajo titulado "Personalidad básica: Dilemas y vida de familia de un grupo de mestizos" (5), dentro de cuyos muchos méritos, realmente pioneros, se cuenta la documentación de diferencias entre "costeños" y "serranos" y definiciones cabales de "indio", "cholo", "mestizo tradicional" y "criollo". El "mestizo", para muchos el representante de una nascente "cultura nacional", es descrito en función de sus necesidades de "seguridad" que, ante un medio generalmente adverso, generan una actitud dependiente y hasta pasivo-agresiva en aras de una supervivencia desigual que conduce a "soledad y desamparo...una convicción de orfandad". El auto-desprecio y el rencor hacia su propio pasado y todo lo que le recuerde de él lubrican la ansiedad y una subsecuente "identificación con el agresor" que luego puede devenir en una "disposición depresiva" en la que nostalgia, envidia, hostilidad, pesimismo y recelo se mezclan con preocupaciones hipocondriacas, inconsistencia de figuras parentales con una resultante ambigüedad recíproca, creciente consumo de alcohol y eventual desintegración de la familia de origen. A pesar de que la visión y conceptos del maestro Rotondo son evidentes, es claro también que Mariátegui, su joven discípulo, contribuyó con creces a articular esta fascinante descripción antropológico-clínica de un grupo étnico y social de permanente vigencia en la sociedad peruana.

Y también en 1960, en pleno desarrollo del brillante trabajo que tres años más tarde, bajo la inspiración de Rotondo y Caravedo constituyó, con el modesto título de "*Estudios de Psiquiatría Social en el Perú*" (6), un auténtico clásico de la literatura psiquiátrica peruana, Mariátegui publicó "La civilización característica de nuestra época y la higiene mental" (7). Es un documento elocuente que describe una realidad socio-histórica marcada por urbanización creciente, asomos tecnológicos y la forja de un "nuevo mito fáustico", la era atómica. "Una civilización exclusivamente tecnológica, con ansia desenfrenada de realizaciones materiales -escribe Mariátegui- desatiende la consideración del hombre mismo. La máquina, factor de progreso técnico, ha quitado el sello personal, la dignidad individual a la obra. El hombre de hoy advierte

que vive en una sociedad de competencia. Tensión, ansiedad, zozobra, incertidumbre en el futuro, son los rasgos dominantes de la vida cotidiana. Sobre este panorama económico y social, sobre estas condiciones de existencia, discurre la vida contemporánea". Palabras escritas hace 48 años.

Pero esta visión casi profética no se detiene allí. Mariátegui ahonda en los vínculos entre civilización y enfermedad, comenzando con el esbozo de "cómo los modos de vida generados por las distintas civilizaciones influyen en la apreciación de las enfermedades (mentales)". Aplica el "relativismo cultural" tan caro a las concepciones antropológicas modernas y lo reviste con el "coeficiente de historicidad" de López Ibor (8), delineando tanto un "modo de vivir" como un "estilo de enfermar". La carga patogénica de lo cultural, en particular del ambiente social, se da en variaciones de prevalencia en psicosis y neurosis, invocando escritos de Hollingshead y Redlich, Faris y Dunham, Freud y Fromm, Horney y Linton. La emergencia de cifras altas de "reacciones (o personalidades) psicopáticas" debe distinguirse de las "falsas personalidades anormales", precisión clínica que apunta también a la objetividad de una disciplina joven que hoy llamamos Psiquiatría Cultural (9,10). A despecho de los tonos sombríos derivados de algunos de los hallazgos que revisa, Mariátegui rescata aquella objetividad y la fe y firmeza implícitas en un enfoque claramente humanístico; llama "fatalismo simplista de orientación psicósomática" al concepto de "sociedad enferma" acuñado en la época, sugiriendo en cambio un estudio sistemático del desajuste entre progreso técnico y organización social "sin extraviarnos en desbordes especulativos".

El interés de Mariátegui en el "hombre andino" devino naturalmente en su evaluación de contribuciones de la psiquiatría peruana a su estudio. En 1978 publicó el texto de su presentación en el III Congreso Peruano del Hombre y la Cultura Andina (11) y agrupó por primera vez la obra de Valdizán, Gutiérrez Noriega y Sal y Rosas, un anticipo de su ferviente vocación peruanista y de su rescate de figuras epónimas. "La alienación mental entre los primitivos peruanos", tesis doctoral de Valdizán sustentada en 1915, nos dice, "es un valioso testimonio de erudición histórica y de vuelo interpretativo". Comenta la "tolerancia social" descrita por Valdizán, una actitud "pasiva y hasta conformista por parte del entorno social hacia las reacciones psicopatológicas del paciente" que lleva a recurrir a la hospitalización sólo en casos de peligrosidad extrema. Clínicamente, Mariátegui anota la relevancia del

“predominio del fondo depresivo” detectado por Valdizán y las observaciones sobre “la subconciencia del indio” donde aparecen “los viejos mitos de los incas”. ¿No son acaso estos conceptos prelude de "síndromes psico-culturales" o expresión patogénica de componentes culturales en psicosis y otras entidades?.

Carlos Gutiérrez Noriega partió “de una concepción biológico-constitucional con influencia culturalista” y consideró la “gravitación ecológica” como factor de gran importancia. Verificó la “introversión” como rasgo temperamental distintivo del aborígen indio y habla del “alma amerindia” para describir cuatro subtipos de esquizotimia, a la manera de Kretschmer. Naturalmente, Mariátegui resalta el reclamo que Gutiérrez Noriega hace a favor de un “enfoque amplio del problema indígena que no omita lo psicológico, lo subjetivo”. El “trauma cultural o ancestral” es descrito con pasión y profundidad y Mariátegui elogia la originalidad del pasaje de la “observación paciente a la conceptualización metódica, a la formulación de hipótesis explicativas, en fin a la teorización a veces precipitada y audaz” en la obra de Gutiérrez Noriega. Sin embargo, llama justicieramente a Federico Sal y Rosas “la personalidad más destacada de los psiquiatras contemporáneos aplicados al estudio del aborígen peruano”. Su delimitación sindrómica del “susto”, estudios sobre la epilepsia en el poblador andino y la revisión sistemática de las prácticas curanderiles son, en realidad, contribuciones excepcionales a la caracterización clínica de entidades propias y, con ellas, a la forja de una identidad --o, por lo menos de un aspecto cardinal de ella-- para nuestra psiquiatría. Esta perspectiva de Javier Mariátegui, esta búsqueda de “la fisonomía de una auténtica psiquiatría peruana” centrada “en el indígena y el indomestizo, estudiado en su ambiente natural y en su peripecia migratoria” a través de la obra de maestros notables es, en verdad, una labor casi amorosa de apreciación del trabajo precursor de aquéllos en la construcción de una identidad mestiza que va del individuo a la cultura, del paciente a la historia, de la experiencia del síntoma a las sistematizaciones de una calificada psiquiatría clínica.

De hecho, un artículo titulado "Ruta social de la psiquiatría peruana" vio la luz en *Acta Psiquiátrica y Psicológica de América Latina*, en 1972 (12). En él, Mariátegui extiende sus reflexiones, primero, a base de breves pero sesudas revisiones de las contribuciones de José Casimiro Ulloa, Manuel Muñiz, Hermilio Valdizán, Baltazar Caravedo Prado, Honorio Delgado, Federico Sal y Rosas, Carlos Gutiérrez Noriega, Vicente

Zapata, Carlos A. Seguí, Emilio Majluf, Humberto Rotondo y Baltazar Caravedo Carranza, y luego con el análisis de líneas de investigación tales como los síndromes psiquiátrico-culturales, los avatares de la migración interna, la psiquiatría folklórica y la psiquiatría social. Reitera entonces que la nuestra “es una psiquiatría comprometida, si no en lo que a ideología concierne, sí en el estudio y valoración de la realidad peruana”. El añadir “latinoamericana” a esta frase hace justicia al intento del autor y a su continente natal.

Que Mariátegui escribiera entonces sobre "Ecología y Psiquiatría" en 1978 (13), responde a su fluidez intelectual y temperamental y a su habilidad dialéctica traducida de modo fascinante en la presentación de la secuencia positivismo-fenomenología-psicoanálisis-psiquiatría social-ecología psiquiátrica en este artículo. Presenta la teoría general de los sistemas como “fusión de aproximaciones orgánicas y matemáticas”, aquéllas basadas en estructura (ser), comportamiento (actuar) y evolución (devenir), y éstas en principios cibernéticos, ambas plataforma original de “una formulación dinámica que analiza las relaciones causales y estudia sistemática y coordinadamente los varios procesos, constructivos unos, destructivos otros, que se dan en la comunidad” (*habitat*). Tras aclarar que “ecología psiquiátrica” no es una disciplina organizada sino mas bien un enfoque o una perspectiva, resalta el hecho de que ella contribuye decisivamente a la integración de las vertientes biológica y social, otro de los puntos altos de su visión epistemológica de la psiquiatría. Las dimensiones ecológicas abarcan una amplia gama de variables (desde geográficas y climatológicas hasta transporte, educación y organización familiar) para culminar con lo que Mariátegui, pensador insigne, llama “ecología de las ideas” científicas y filosóficas, flexibles y duraderas: la ecología psiquiátrica como “visión de conjunto, ...distribución de factores operantes, ...integración de la macro-realidad a partir de los elementos distintivos de la micro-realidad”. Y como no podía ser de otra manera, Mariátegui reliva el valor heurístico del saber ecológico, su carácter instrumental para el estudio “de las relaciones dialécticas del hombre y su ambiente, del comportamiento humano en su contexto socio-cultural e histórico”.

La travesía intelectual de Javier Mariátegui tuvo siempre un puerto seguro, un hogar permanente, un *habitat* trascendente en los claustros universitarios, el altar sacrosanto de una vocación académica amplia y generosa, la cuna del único elitismo que él hubiera

aceptado sin remilgos. Es por ello que dos trabajos, sendos discursos de orden en la Universidad Peruana Cayetano Heredia y en la Academia Nacional de Medicina, pronunciados en 1987, redondean de manera solemne la invaluable jornada de Mariátegui en busca de su identidad, de la de América Latina, de sus hombres y mujeres y de la psiquiatría a la que tanto amó. En el primero (14) habla precisamente sobre Universidad, identidad nacional y el médico de hoy y combina la raigambre histórica de la institución universitaria con las necesidades y los objetivos de una época libre de “visiones pasadistas” y plena de los desafíos de pobreza, desigualdad y negligencias seculares. Mariátegui enfatiza “lo autóctono” como singularización temática de la misión universitaria orientada “al desarrollo de nuestro ser histórico” como escribiera el Amauta. Nos dice que Peruanidad es “una idea y un sentimiento que intenta unificar activamente la variedad regional, racial, idiomática, económica y cultural” y, con Basadre (15), postula “la afirmación del querer existencial nacional”. Con la investigación (“principalmente de los problemas que atañen al país y al subcontinente”) como puerta de entrada a esa realidad, el médico, “coagonista de la lucha hacia un modo de vivir sano” como proclamara Virchow, tiene un deber que es obviamente una identidad definida y alcanzable “...perdiendo su halo mágico de demiurgo... (y accediendo)... a plenitud, por imperativo de la época, a una discreta pero más eficaz posición de demiurgo, esto es, de trabajador para el pueblo, con una elevada ética de servicio”. Y si no olvidamos que el psiquiatra es médico por antonomasia, estas palabras trazan de manera inequívoca una identidad auténtica.

La incorporación de Javier Mariátegui como miembro titular de la Academia Nacional de Medicina constituyó oportunidad preciosa para la reafirmación de los vínculos entre el psiquiatra, la psiquiatría y lo que él llama “saber académico” (16). Cita a otro de sus héroes intelectuales, Hugo Pesce (quien proclamó “la continuidad del conocer científico que se transmuta en saber humano”) (17), para describir a la psiquiatría como “disciplina autorreflexiva que actúa sobre el psiquiatra... (en sus)... posibilidades de realización allende la superación de la enfermedad, vivida como crisis y al mismo tiempo como crítica...”. Con un sello erasmiano, Mariátegui describe a la psiquiatría como “una forma de simpatía” hecha de compadecimiento por la angustia ajena que, sin paralizar la capacidad de análisis permite penetrar en la íntima esencia del paciente: el psiquiatra es necesariamente entonces “un alma atormentada” pero también, como afirmara Henri Ey,

un hombre de equilibrio, de ponderación y de tolerancia. E insiste nuevamente en un mensaje social que da a nuestra disciplina dignidad y señorío: “...la escotomización crónica y sistemática ...de la trágica situación presente...no será superada sin el conocimiento transdisciplinario, cabal y abarcativo”.

Los temas de identidad y liderazgo son explorados por Mariátegui en un homenaje póstumo a otra figura notable de la psiquiatría latinoamericana, el venezolano Jesús Mata de Gregorio (18). Los escarceos históricos iniciales de la Asociación Psiquiátrica de América Latina (APAL) de los que Mata de Gregorio fue protagonista esencial, tradujeron un efervescente conjunto de ideologías, aspiraciones y valores del “ser latinoamericano”. La psiquiatría latinoamericana, al lado de una visión clínica y psicopatológica de aliento universal, deberá reflejar también lo nuestro “peculiar y distintivo” a fin de “procurar la aprehensión de lo raigal, de la esencia del ser nacional, no por mero ejercicio teórico sino para generar respuestas eficaces a las tareas concretas que demandan la salud mental y el desarrollo de la asistencia psiquiátrica en América Latina. La latinoamericanidad de nuestra psiquiatría es pues no sólo un quehacer clínico, es también “una forma de explicar los males del hombre por los de su mundo”. Ratifica, con palabras del maestro venezolano, que el psiquiatra es “transeúnte siempre nuevo por un camino sin señales... que debe obligadamente acercarse al drama mucho más vasto de todo un sistema social” (19).

Temas, realidades y promesas: La totalidad trascendente del *opus javiermariateguiano*

Como el de otros íconos de la psiquiatría y del conocimiento humano, el *opus* de Javier Mariátegui tiene un *summa sumarum* conciso pero poderoso y vibrante: la trascendencia, entendida a la vez como lección madura y como inspiración perenne. Trascendencia es remontarse más allá de la palabra fácil o aún de los *slogans* más sutiles para transmitir verdades de a puño con claridad, pasión, elocuencia y vocación de eternidad. Es conferir solidez a los temas, desafío a las realidades y esperanza a las promesas. Es un batallar tenaz en contra de mediocridad, mezquindad y oportunismo. Es orfebrería dialéctica y concreción pragmática en la mente individual y la acción colectiva. Y tiene una dimensión de totalidad porque fue labrada desde el comienzo en un hogar donde la reflexión personal de un hombre sabio, su padre, trascendió, más allá de su temprana ausencia física, al más joven de sus hijos y le imbuyó el deber de extenderla a lo largo de una vida

intensa, sustancialmente humana, nutrida de brillo intelectual y atizada por curiosidad y afán de conocer y saber más. Fue total porque desbordó el sacro medio familiar para llegar a miles de gentes (estudiantes, colegas, intelectuales, académicos, pacientes, pueblo) y residir en el trabajo de centenares de discípulos a lo largo de varias décadas.

La ecuación que he tratado de desarrollar en este ensayo sobre la obra de Don Javier consta de cuatro términos enhebrados con el hilo de trascendencia que menciono. Ellos son Psiquiatría, América Latina, Sociedad e Identidad. Javier Mariátegui fue primariamente y con todo orgullo, un psiquiatra, un gran psiquiatra. Clínico ingenioso y audaz, maestro-guía, modelo de didacta estudioso, investigador serio e innovador. Concibió a la psiquiatría como un ejercicio de interrelación humana y una acción crítica de los efectos patogénicos de biología y ambiente. De hecho, se auto-describió como “un psiquiatra clínico biológicamente orientado, con una aproximación comprensiva al ser del hombre en su dimensión real (léase psicosocial)” (20). En efecto, condujo ensayos pioneros en psicofarmacología, sus descripciones de “psicosindromes experimentales” y su análisis psicopatológico sobre personalidad limítrofe son – se ha dicho ya – testimonio indiscutible de profunda versación y calidad heurística. Abundando en las raíces y la trayectoria de su vocación y su elección, Mariátegui nos dijo: “Partí de un interés psicológico (lo enigmático del ser propio o ajeno), agregué fenomenología y organicismo (vía Encinas y Delgado) hasta decantar en una posición psicosocial que me resisto a denominar ecléctica por el grosero contrabando que entraña ese concepto”. Y añadió: “El psiquiatra es un humanista dedicado al estudio de la conducta y del entorno humanos en sus manifestaciones normales y patológicas”; a la manera freudiana, consideró a la psiquiatría como una “profesión imposible” necesitada de un indispensable bagaje de sensibilidad social, pero no como activismo político al que definió como “una forma inauténtica y bastarda, un mero ejercicio de mediocridad”.

Y en el rango de sus devociones trascendentes, Mariátegui habló y escribió sobre la psiquiatría latinoamericana y sobre América Latina. Nos transmitió su pasión que fue angustia de búsqueda y reguero de esperanza. Nos habló de Peruanidad como anticipo de Latinoamericanidad auténtica, sufrió con los estertores institucionales de una APAL también politizada en algún momento, describiéndola como “un proyecto

frustrado”, como fuente de “declaraciones líricas”. Pero, como buen latinoamericano, abogó también a favor de una superación de barreras, resultado de líneas de desarrollo innovadoras y creativas. América Latina – dijo – no debe imitar “el pensamiento filosófico quintaesenciado proveniente de lugares mucho más homogéneos...debe reflejar nuestras contradicciones, nuestros conflictos...el ser nacional o continental heterogéneo y disperso que de algún modo hay que compendiar, de algún modo hay que entenderlo. Lo que se debe buscar no es una homogenización de las ideas sino un mayor esclarecimiento de los contrastes, o sea un modo de entendernos mejor”.

Hablar de América Latina es lidiar también con el cuerpo social del continente, con la sociedad latinoamericana en tanto que parte integrante de un ente social global, y con su singularidad y su totalidad, parte también de una humanidad plena y trascendente. La revisión de estos aspectos de la temática javiermariateguiana fluye espontánea y fresca. El presente volumen se abre con el texto de *La Medicina como Ciencia Social*, testimonio sereno sobre un tema que muchas veces engendra conflictos más que debates, animosidad más que discusiones juiciosas y tolerantes. Mariátegui proclama la socialización de la medicina como “tendencia histórica incuestionable” porque “la medicina es esencialmente una profesión de servicio”. Servir implica educar, enseñar, ayudar, reflexionar y actuar. La revisión de lo ecológico se nutre de elementos sociales y la sociedad a la que la medicina sirve tiene, a final de cuentas, elementos esencialmente comunes en la Alemania de Virchow o en el Perú de Valdivia. La responsabilidad social de la medicina y del médico hace a este último “un activo partícipe de los requerimientos y cambios...que promuevan salud y optimicen la calidad de la existencia humana”. La lúcida visión de Javier Mariátegui reúne también en este texto el recuerdo de los aniversarios cercanos del sacrificio de Carrión y del discurso de Manuel González Prada en el Teatro Politeama: ninguna otra conexión conciliaría mejor la entrega social de una ciencia solidaria personificada por un mestizo o “neoindio” insigne y la angustia social de un pueblo postergado impregnando el pregón y la pluma de un aristócrata reformista.

Y llegamos así al tema de la Identidad que cubre sin reticencias las nociones precedentes. Identidad de la psiquiatría y del psiquiatra, identidad del continente, identidad de la sociedad en él inmersa. Identidad que es totalidad y trascendencia, identidad que es - digámoslo otra vez - búsqueda inquieta y reflexión a veces

sosegada, a veces atribulada, siempre compleja. Preguntarse qué somos, quiénes somos, para qué somos y para qué estamos, a dónde vamos. Mariátegui formuló – y respondió – estas preguntas con sabiduría, plenitud y trascendencia (21). El suyo fue un juicio amplio, comprensivo, generoso e integral. Psiquiatra primigenio, nos dijo que nuestra disciplina es humanismo y biología, estudia moléculas y emociones, maneja bioquímica y antropología con destreza y equilibrio. Se orienta con las brújulas de “un enfoque ecológico y un aliento holístico”, como lo describiera Seguí (22). Y nos dijo que los psiquiatras jóvenes deben venerar y superar a sus maestros con el homenaje de su lealtad y sus logros. Latinoamericano esencial que amó a su continente-cuna tanto como a su patria, Mariátegui recogió su historia y cruzó su geografía hurgando en todo aquello que nos acerca y nos fortalece. Y a través de todo ello columbró al poblador latinoamericano como el elemento fundamental en la identidad del continente. Un “idealista objetivo” (23) o un “realista de las utopías” (si cabe la paradoja), Mariátegui creía que “la sociedad más próxima a un ideal utópico de superación y de despliegue de las posibilidades de ascensión a los valores del espíritu en general...(es)...la que forjará una mejor calidad de hombre”.

En lo social, Don Javier nos ha enseñado a querer más al Perú indio y al Perú mestizo, al Perú del Ande y al Perú de la barriada, al Perú postrado pero no vencido. Y nos ha dicho que de allí emergerá, como tarea prioritaria, nuestra identidad ecuménica, lo peruano, lo latinoamericano esencial. El suscribiría con entusiasmo lo que, como sendero de otra búsqueda, abogaba su gran amigo Leopoldo Chiappo: el alejarse de los “ajetresos estériles” para llegar al vínculo del ser del hombre con el mundo y el abrazar la devoción a la tarea en cada dominio de actividad, una lista de “experiencias fecundas” en los diversos dominios de la actividad humana (24).

Colofón

Es difícil sustraer los recuerdos personales en un escrito sobre la obra de Javier Mariátegui Chiappo porque, como sólo ocurre con hombres preclaros, su trabajo y su humanidad eran una entidad indivisible y única. El multifacetismo de su obra académica iba de la mano con su acercamiento jovial y hasta travieso a la multitud de sus amigos a lo largo del continente y del mundo. Hablaba con placer de la soledad reflexiva o del “ocio saludable”, el goce de una pintura magistral o de la lectura de un clásico. Usaba una fina ironía, era

pulcro, cortés y hasta mostraba a veces la timidez de un hombre sencillo, conocedor profundo de sí mismo y de los demás. Compartía, no imponía, su visión erudita de la historia, la lengua, la investigación o la filosofía. Con verbo elegante y devoción genuina, recordaba a sus maestros y practicaba una lealtad ejemplar e insobornable. Vio a la psiquiatría como entidad integradora y líder en el vasto campo de la medicina, a la psiquiatría peruana como tradición, legado y desafío, a la latinoamericana como idea, concepto y proyecto.

Mariátegui dio a nuestra psiquiatría, en el camino que abrieron Valdizán y Delgado, el sello ecuménico de quehacer clínico y de disciplina humana. El suyo fue un terco afán de vivir la psiquiatría también como quehacer académico, universitario pero sin el torremarfilismo ultramontano de los que niegan realidades desafiantes. Visualizó a la universidad como expresión de creatividad y tolerancia, de sabiduría y de poder moral. La universidad como depositaria de un pasado que, nos cause orgullo o dolor, es ineluctablemente nuestro, reflexión cimera de nuestros corajes y nuestras cobardías. Pero también la universidad que es laboratorio pleno de preguntas, experimentos y respuestas, la universidad que es puesto de combate, mirador lúcido y promesa fecunda.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

1. Rotondo H, Bambarén Vigil C, Mariátegui J, et al. Estudio de la “moral” en la colectividad de Mendocita. *Rev Psiquiatr Peruana* 1958; 1 (3-4): 259-271.
2. Laín P. *La espera y la esperanza*. 2ª. Ed. Madrid: Alianza Editorial; 1984.
3. Frank JD. *Persuasion and healing*. 1a. ed. Baltimore, Md.: Johns Hopkins University Press; 1961.
4. Vaillant GE. Adaptive mental mechanisms. *Amer Psychologist* 2000; 55: 89-98.
5. Rotondo H, Bambarén Vigil C, García-Pacheco C, Mariátegui J, Delgado B. Personalidad básica, dilemas y vida de familia de un grupo de mestizos. *Rev Psicología* 1960; 2: 3-59.
6. Caravedo B, Rotondo H, Mariátegui J. *Estudios de Psiquiatría Social en el Perú*. Lima: Ediciones del Sol; 1963.
7. Mariátegui J. La civilización característica de nuestra época y la Higiene Mental. *Rev Neuro-Psiquiatr* 1960; 23: 63-80.
8. López-Ibor JJ. *Estilos de vivir y modos de enfermar*. Madrid: Editorial Ateneo; 1954.
9. Tseng WS. *Textbook of Cultural Psychiatry*. Los Angeles: Academic Press; 2005.

10. Alarcón RD, Foulks EF, Vakkur M. Personality disorders and culture. Clinical and conceptual interactions. New York: Wiley & Sons; 1998.
11. Mariátegui J. La psiquiatría peruana y el estudio del hombre andino. San Marcos 1978; 19: 41-52.
12. Mariátegui J. Ruta social de la psiquiatría peruana. Acta Psiquiat Psicol Am Latina 1972; 18: 371-376.
13. Mariátegui J. Ecología y Psiquiatría. Acta Psiquiat Psicol Am Latina 1978; 24: 100-108.
14. Mariátegui J. La universidad, la identidad nacional y el médico de hoy. Acta Herediana 1987; 7: 35-39.
15. Basadre J. Meditaciones sobre el destino histórico del Perú. Lima: Ediciones Huascarán; 1947.
16. Mariátegui J. Reflexión sobre el saber académico, el psiquiatra y la psiquiatría. Lima: Editorial Minerva; 1987.
17. Pesce H. Las Academias. Lima: Academia Nacional de Medicina; 1970.
18. Mariátegui J. Mata de Gregorio y el liderazgo de la Psiquiatría en América Latina. En: Matute M, Rendón Aponte R, Villegas M (eds.). Libro Jubilar en homenaje al Prof. Jesús Mata de Gregorio. Caracas: Sociedad Venezolana de Psiquiatría; 1987.
19. Mata de Gregorio J. Ofrecimiento de nuestra psiquiatría (Editorial). Nuestra Psiquiatría 1962; 1: 2-4.
20. Alarcón RD. Identidad de la Psiquiatría Latinoamericana. Voces y exploraciones en torno a una ciencia solidaria. México DF: Siglo XXI Editores; 1990.
21. Mendoza A. Documenta. Rev Neuro-Psiquiat 2001; 64: 71-87.
22. Seguín CA. Javier Mariátegui y el Instituto Nacional de Salud Mental. Post-scriptum. En: Mariátegui J. (Edit.). Salud mental y realidad nacional, Lima: Editorial Minerva, 1988. p. 269-271.
23. Galli E. In Memoriam, Javier Mariátegui Chiappe. En: Universidad Peruana Cayetano Heredia. Boletín Electrónico de la UPCH. Lima: UPCH; 2008. p. 2.
24. Chiappo L. La experiencia fecunda y los ajeteos estériles. Rev Neuro-Psiquiatría 2000; 63: 52-71.